

de haber perdido la lengua, sabiendo que, como él, yo había sido soldado en la primera guerra mundial, comenzó de pronto un relato minucioso, paso a paso, de un ataque al amanecer. Escuché lleno de asombro. Ni el más leve detalle—hasta las gotas de rocío suspendidas en la escasa hierba que quedaba en la tierra de nadie—faltaba en el relato. Un novelista de genio no lo habría igualado ni en un mes de dura labor. Y aquel hombre no estaba trabajándolo. Hablaba y hablaba sin esfuerzo y sin una sola pausa. Al cabo de uno o dos minutos, su palabra adquirió un curioso sonsonete, notablemente distinto de su tono en nuestra charla previa. De modo que acaso se hubiese hipnotizado en cierta manera.

Lo que era cierto es que, detrás de aquella rememoración total y sin esfuerzo, había un súbito acceso al sistema de registro del cerebro. Pero ¿estaba abriendo el cerebro sus propios archivos o había decidido, de pronto, la mente utilizar plenamente los recursos del cerebro? No había allí la usual sugerencia de la memoria esforzándose penosamente, recapturando un detalle aquí, una impresión allí. Era como si un tiempo pasado se hubiera transformado en un tiempo presente. No retrotraía simplemente media hora de años anteriores, sino que se abría en un enorme Ahora. Sospecho que aquí hay algo que nunca «será explicado en términos mecánicos o químicos». Podríamos preguntarnos por qué llevamos este asombroso registro de nuestras vidas, algo que debe ser más nosotros mismos de lo que podemos ser en un momento dado, en ninguna parte aparentemente, sino en la tumba y el olvido. Y pregunto de nuevo: ¿Por qué?

Sin duda, resulta muy fácil a un escritor sobrestimar la importancia del tema que haya elegido. Sin embargo, debido precisamente a su consciencia del tema y sus influencias, puede observar cosas que pasen inadvertidas para otros y acaso mejores escritores. Por ejemplo,

*The Condition of Man* [La condición del hombre], de Lewis Mumford, es un trabajo soberbio; pero creo que podría haber sido mejor todavía si hubiese incluido la idea del Tiempo en su análisis de la sociedad moderna. Muchos de los principales rasgos de nuestra sociedad parecen que han sido moldeados por esta idea, de la cual es guardiana esa Fortaleza central.

Y aquí he de hacer una observación personal. Por temperamento y convicción, soy un radical político y social. No me disgusta la sociedad moderna simplemente porque sea moderna. No abrigo sueños de una sociedad jerárquica restaurada, en la cual hombres de letras se mezclen en pie de igualdad (aunque nunca lo hicieron) con una aristocracia cultivada en mansiones y parques sostenidos sin protesta por un campesinado de ensueño. Hasta cierto punto, soy lo que los americanos solían llamar un *forward-looker*. No detesto, temo o desprecio esa Fortaleza y las ideas que representa, porque sean modernas y yo sepa que no lo soy.

En realidad, como he sugerido anteriormente, creo que son anticuadas, como muchas cosas que custodian gigantescos intereses creados, y que, incluso en el campo de la ciencia, los teóricos e investigadores más audaces y de mentalidad más abierta han dejado atrás la Fortaleza. Hombres de este tipo no piden esta clase de seguridad; ni necesitan la protección de dogmas y anatemas. Sin embargo, subsiste el hecho de que la Fortaleza ocupa una posición y opera sobre cierto nivel central, que le permite ejercer la máxima presión e influencia posibles. Por tanto, no debería sorprendernos que su idea del Tiempo haya hecho mucho para moldear y dar forma a esos rasgos de nuestra sociedad condenados por Lewis Mumford y otros críticos sociales.

Se observa, naturalmente—ya lo he mencionado más de una vez—, ese tremendo énfasis sobre el futuro. Tiene que ser el futuro, porque no hay ningún otro sitio adonde ir. Ahora bien, una razonable preocupación del refor-

mador con respecto al futuro es la de que, si estuviésemos dispuestos a planificar adecuadamente y a empezar a usar inteligentemente nuestros recursos y energía, se podría proporcionar a los hombres más y mejores alimentos, ropas, viviendas y educación. Pero el énfasis de la Fortaleza sobre el futuro va mucho más lejos. Es realmente irracional y mágico. En efecto, dice que la próxima extensión del tiempo que pasa será diferente en *cualidad* del tiempo que pasa conocido por nosotros. Es como si ese viejo tiempo del sueño eterno hubiese sido conjurado para abandonar el cielo y yaciese en la pista del tiempo, allá a lo lejos, fuera del alcance de la vista. (Y aquí no hay diferencia entre el Occidente capitalista y el Este comunista, mirándose ahora amenazadoramente a través del mismo y dudoso terreno común.) Se nos ha hecho aceptar ese truco mágico, porque amamos a nuestros hijos y nietos, y porque tratamos de creer que tarde o temprano conocerán y disfrutarán unos tiempos de cualidad completamente distinta a la de los nuestros.

Y si todo esto parece exagerado, prueben a leer esos libros en que científicos y técnicos, especialmente los últimos, describen el futuro. Lo significativo no es tanto lo que sucederá como la atmósfera, el ambiente, en que sucederán esas cosas. Asoma lo mágico. Empezará la Edad de Oro. Nadie está aburrido o descontento, nadie se siente rancio o frustrado en esos aviones supersónicos o en esas naves del espacio, en esos altos rascacielos, en esas ciudades techadas. Esto es el antiguo Gran Tiempo metido en la historia. Un fraude alevoso, una estafa.

Esto no quiere decir que los científicos y técnicos, con su promesa de «eterna felicidad» a partir del año 2000, sean deliberadamente unos embaucadores y estafadores. En su mayor parte, son más bien inocentes tipos de colegiales, que no experimentan la menor sensación de frustración, cuyo trabajo es dichosamente absorbente, que tienen la impresión de estar creando algo, que disfrutan una sensación de poder. Des-

En la extrema izquierda, una escultura rusa de *El Avance del Pueblo* representa la creencia comunista en un futuro Estado ideal. Los sueños de una sociedad perfecta son igualmente comunes en Occidente. Para los inmigrantes americanos, la estatua de la Libertad (izquierda) simboliza un modo de vivir más dichoso. Pero nuestro progreso material no altera nuestro sentido del tiempo que pasa, que aún produce frustración y descontento.

pués de todo, esta es su época. Así, pues, se sienten a gusto y llenos de confianza en la Fortaleza. Pero sus dogmas y decretos, aunque conscientemente aceptados, deja a mucha gente del exterior desasosegada e insatisfecha, como si tuviese la impresión de estar siendo objeto de un engaño, pero no supiese cómo y por qué.

Ahora bien: una razón que explica esa impresión—aunque no pretendo que sea la única—consiste en que esas gentes todavía están obsesionadas por antiguas ideas respecto al Tiempo. Algo que podríamos haber tenido una vez anchura y espesor, se ha reducido a una sola y sutil línea. Una cualidad diferente de experiencia se ha perdido a lo largo del camino. De modo que estos rapsodas científicos y tecnológicos del futuro, conscientes del desasosiego y el sentido de frustración de sus conciudadanos, y deseosos de prestar un servicio, ofrecen cantidad para sustituir a la calidad. Pronto habrá tres de cada cosa, y diez veces más grandes. Entonces la vida será diferente y no tendremos que esperar mucho.

Vuelvo a sugerir que hay en esto cierta inocencia de colegial, que los hombres conservan cuando están excitados por su trabajo y sus maravillosos planes para el futuro; pero también hay, en un nivel mucho más profundo (del cual no tienen consciencia, aunque solo sea porque no creen que exista), la misma obsesión respecto al Tiempo, el mismo agitar antiguas ideas y vagos, pero persistentes, mitos, que los impulsan a dotar al futuro de una cualidad que no puede hallarse en el tiempo que pasa.

Los escritores, hombres imaginativos, capaces de hipnotizarse a sí mismos, pueden quedar tan subyugados y hechizados por el triunfo de técnicas y máquinas, que salten por delante incluso de esos científicos y técnicos. Uno de estos—precisamente uno de mis anfitriones más amables en la Unión Soviética—me dijo gravemente que el hombre mismo, la criatura biológica, había sido tan aventajado por sus hazañas técnicas, que tendría que apresurarse a recuperar el terreno perdido, librándose de sus deficiencias fisiológicas. Al proseguir en esta vena, yo empecé a ver monstruos salidos de la ciencia-ficción: hombres-máquinas o máquinas-hombres. Y me acordé de un programa de televisión, en el cual quienes lo idearon pusieron orgullosamente a prueba máquinas no solo capaces de calcular, sino también de andar y componer música.

